

cina, cercada de navajas de piedra por ambas partes. No contentos aquellos lobos carniceros con ver tanta sangre derramada, por satisfacer mas á su bestial crueldad, quemaron la iglesia y todo lo demas de la casa en que se hospedaban los religiosos, y huyeron de allí. Luego otro dia los indios cristianos que quedaron dieron noticia de todo lo pasado á los españoles, que estaban en unas minas dos leguas de allí, los cuales fueron á Cacalotla y llevaron los cuerpos del santo guardian y mártir Fr. Francisco Lorenzo y de su compañero Fr. Juan, para enterrarlos en su monesterio de Ezatlan, donde juntamente con otros mártires están sepultados. Como supieron los indios de las serranías por donde el siervo de Cristo Fr. Francisco Lorenzo habia predicado el santo Evangelio, la muerte de su apóstol y predicador, fueron á pedir justicia de ella y á quejarse delante de los oidores que solian residir en la ciudad de Compostela, los cuales respondieron á la querrela, que uno de ellos iria á hacer informacion de aquel caso, y castigaria á los delincuentes con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con cien hombres españoles y cuatro mil indios cristianos, de los mismos que el santo Fr. Francisco habia bautizado. Quedáronse los españoles en los llanos y lomas (por ser aquella tierra muy fragosa y áspera), y los indios subieron á lo mas alto y dificultoso, porque sabian bien la tierra. Acorraláronlos de tal suerte, que ninguno de ellos dejaron á vida, salvo ocho ó nueve, los mas principales de ellos, que tomaron vivos, á los cuales el oidor mandó ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros y de toda aquella comarca. Serian como seiscientos los yocotecuanes que murieron, y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra. Débese notar en estos discursos, entradas y predicacion que el santo Fr. Francisco Lorenzo hacia entre estos indios bárbaros ó chichimecos, que en el mismo ejercicio se ocupaban, y en él murieron los demas religiosos que ellos y los otros mataron, cuyas muertes con brevedad aquí se escriben, porque no ovo quien diese la relacion por extenso de sus entradas y predicaciones, como la pudo dar Fr. Miguel de Estibaliz de la predicacion de Fr. Francisco Lorenzo, como testigo de vista y compañero de sus trabajos. El cual Fr. Miguel, con haber veinte años que dió esta relacion, vive hoy dia en este de noventa y seis. De suerte que esta historia del bienaventurado Fr. Francisco Lorenzo, sirve de dar á entender á los lectores en qué ocupaciones y ejercicios, y en qué estado tomó la muerte á los demas siervos de Dios, que en este libro decimos haber muerto á manos de chichimecos ó de otros infieles.

CAPÍTULO VIII.

De otros religiosos que murieron por confesion de la fe y predicacion del santo Evangelio.

FRAY Juan Cerrato, natural del condado de Niebla, tomó el hábito de la religion en el convento de San Francisco de México, donde desde los principios de su vocacion dió muestras de mucha virtud; y perseverando en ella, fué tan amado de todos, que cada uno de los religiosos deseaba su compañía. Mas él, puesto que de todos era amigo, su verdadera amistad tenia colocada en Jesucristo, por cuyo amor quiso desamparar la compañía de sus queridos padres y hermanos, y irse á las fronteras de los infieles chichimecos á procurar su conversion y salvacion de sus almas. El asiento de esta su mudanza fué á lo de Jalisco (que entonces era custodia de esta provincia del Santo Evangelio), donde siendo guardian del monesterio de Zapotlan, pidió licencia á su custodio para entrar la tierra adentro á predicar á los infieles bárbaros de Zacatecas, llamados chichimecos. El custodio se la dió juntamente con su bendicion, viendo el espíritu y fervor que tenia para semejante empresa. Anduvo algunos dias Fr. Juan desbastando la rudeza de aquella gente; y habiendo traído algunos al conocimiento de su Criador y al gremio de la santa Iglesia católica, y estando entendiendo en su doctrina y administracion de la palabra de Dios, los enemigos de la fe lo mataron, flechándole con grande inhumanidad; y así dió el alma á quien se la dió, acabando esta vida mortal del cuerpo corruptible por martirio, y fué á gozar de la inmortal y eterna.

Fr. Juan Cerrato
ó Cerrado.

Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, de nacion portugues, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz (que es en la isla Española que por otro nombre llaman de Santo Domingo), y de allí, oida la fama de lo mucho que los religiosos servian á Nuestro Señor en esta provincia del Santo Evangelio, mediante la conversion y administracion de los indios, alcanzó licencia para venirse á ella. De su santo celo y aprobada vida puedo yo dar testimonio, porque fué mi discípulo en el convento de la ciudad de Tlaxcala, y siempre conocí de su conversacion y religiosas costumbres ser muy siervo de Dios, celador de su honra y de la salud de las almas, y como tal fué escogido y enviado por la obediencia con otros tres

Fr. Pablo de Acevedo.

religiosos, á la entrada que hizo el gobernador Francisco de Ibarra, del hábito de Santiago, en la Nueva Vizcaya, sobre la demanda de Copala en tiempo del virey D. Luis de Velasco el viejo. Fué de mucho efecto la persona de Fr. Pablo en esta jornada, así para evitar daños y ofensas de Nuestro Señor que hicieran los soldados, si él no se lo estorbara con santas amonestaciones (las cuales ellos recibían de gana, por la buena gracia que el Señor le había comunicado para tratar con todos), como en dar avisos y buenos consejos al gobernador, que como temeroso de Dios, deseaba acertar en todo, y juntamente con esto, en lo principal, que era la conversión de los bárbaros infieles. Y después de haber trabajado con ellos por algun tiempo, estando en el pueblo que llaman Cinaloa entendiendo en tan santa obra, aquellos bárbaros ingratos y desconocidos lo mataron á flechazos, por causa de un mulato que era odioso á los indios, el cual por saber bien su lengua de ellos, servía algunas veces de intérprete á Fr. Pablo, y trocaba las palabras y sentencia del religioso, de suerte que los puso en grande indignación contra él. Y estando Fr. Pablo inocente de este trato doble, le vinieron á quitar la vida injustamente; mas no carecerá del premio en la gloria de sus fieles trabajos.

Fr. Juan de Herrera.

1542.

Fr. Juan de Herrera, lego, vino á esta Nueva España el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, en el número de doce religiosos que sacó de la provincia de Santiago Fr. Jacobo de Testera para Guatemala, adonde los envió desde México con el padre Fr. Toribio Motolinía el año siguiente de mil y quinientos y cuarenta y dos. Fr. Toribio, llegado con ellos á Guatemala, envió desde allí cuatro á Yucatan, y entre ellos fué uno Fr. Juan de Herrera, aunque lego, fraile muy hábil y suficiente para predicar á los recién convertidos, como lo hizo allí en Yucatan, porque aprendió en breve la lengua de los indios, y tuvo escuela para enseñar á los niños, y sacó muchos buenos discípulos, lectores, escribanos y cantores, como se dijo en el capítulo sexto del cuarto libro. Al cabo de quince ó poco más años que se ocupó en este ejercicio, pareciéndole que en esta provincia del Santo Evangelio (por ser muy mucha la gente), podría emplear con más fruto el buen talento que Dios le comunicó, vino á México cerca de los años de mil y quinientos y sesenta, y estuvo algunos en esta provincia trabajando con buen ejemplo en su oficio de lego, sirviendo á los sacerdotes religiosamente, porque eran ya muchos y había buenas lenguas, y no era necesario que los legos les ayudasen en la doctrina de los

1560.

indios. Ofrecióse la jornada arriba dicha, que hizo el gobernador Francisco de Ibarra á tierra de chichimecos, y conocido el espíritu de Fr. Juan de Herrera y buen celo de entender en la conversión de infieles, envióle el prelado en compañía de Fr. Pablo de Acevedo, y con el mismo hizo asiento en el pueblo de Cinaloa. Residía allí (como queda dicho) aquel mulato perverso, por cuya causa mataron los indios á Fr. Pablo. Este tenía cargo de cobrar de los indios los tributos que habían de dar á su amo, y sobre esta negra cobranza los molestaba mucho y maltrataba. Vista tanta vejación por los indios, acordaron todos de conformidad matar al mulato; mas en vida de Fr. Pablo no se atrevían, como veían que se servía de él de intérprete, y él les daba á entender que lo que les pedía ó mandaba era con autoridad del religioso, que era su guardian. Pero teniendo ya muerto á Fr. Pablo, luego dieron tras el mulato y lo mataron en presencia de Fr. Juan de Herrera. Y advirtiendo después que viviendo Fr. Juan les quedaba testigo de sus atroces delitos, fueron de parecer que matasen también á Fr. Juan (puesto que estaban bien con él, pues él les hacía obras de verdadero padre), y así lo pusieron por obra, y mataron juntamente á todos los indios cristianos y amigos que habían llevado de otras partes para servicio de aquella iglesia y casa; y dejados los cuerpos muertos en el campo, se acogieron á las sierras, donde los tales chichimecos tienen su guarida. Sabido este hecho por los españoles de la comarca, fueron por los cuerpos para hacerlos enterrar, y halláronlos todos comidos de los adives hasta los huesos (porque en aquellas partes hay multitud de ellos, que aun los cuerpos muertos suelen sacar debajo de la tierra), solo el cuerpo del siervo de Dios Fr. Pablo de Acevedo hallaron entero, que no tocaron en él; mas tan revenido y encogido, que parecía cuerpo de algun niño, siendo hombre corpulento y de muchas carnes. Quiso Nuestro Señor mostrar en esto, que había guardado ileso el cuerpo de su siervo por su inocencia, que no estaba tan manifiesta como la de Fr. Juan de Herrera, por la ocasión que tomaron los indios de lo matar, creyendo les era contrario y sustentaba las vejaciones del mulato, según él se lo daba á entender, siendo falsísimo, porque Fr. Pablo era conocido por aficionadísimo á los indios, y muy celoso de su defensa y amparo.

Fr. Francisco Doncel vino á esta Nueva España de la provincia del Andalucía, donde tomó el hábito de religión. Con no ser antiguo en la tierra, ni de mucha edad, por sus méritos y suficiencia lo hicieron guardian del convento de la villa de San Felipe, que es

Fr. Francisco Doncel.

poblada de españoles en la provincia de Michoacan. Sucedió que ovo de venir á la ciudad de México á tratar ciertos negocios con el virey D. Martin Enriquez. Concluidos los negocios, y volviendo para su monesterio, llegó á la villa de Salaya, donde tomó en su compañía á Fr. Pedro de Búrgos, sacerdote anciano y siervo de Dios, que poco antes se habia mudado de esta provincia del Santo Evangelio (á do tomó el hábito) á aquella de Michuacan, con celo de ayudar á la conversion de los infieles, que todavía perseveran en aquellas fronteras, (porque en esta provincia todo está allanado y puesto en estilo de cristiandad.) Partieron estos religiosos ambos juntos de la dicha villa de Salaya para la de S. Miguel, y al pasar de un portezuelo que llaman de Chamacuero, dieron sobre ellos unos indios chichimecos infieles, de los que aborrecen el nombre cristiano, y con mucha crueldad los mataron con flechas. Sabido por los españoles vecinos de la villa de San Miguel, fueron por sus cuerpos y los enterraron en su iglesia.

Fr. Pedro de Búrgos,

CAPÍTULO IX.

De tres religiosos que murieron en demanda de la conversion de los infieles, y aumento de la santa fe católica.

Fr. Agustín Rodríguez.

FRAY Augustin Rodriguez, lego, natural del condado de Niebla, tomó el hábito de religion en esta provincia del Santo Evangelio, donde sirvió á sus hermanos muchos años en el oficio de lego, con singular ejemplo de su persona y con estremada caridad para con todos, así enfermos como sanos. Siendo ya viejo en edad, movióle el espíritu y celo de la salvacion de las almas á que pidiese licencia á sus prelados para ir á morar á la custodia de Zacatecas, que confina con los chichimecos infieles, donde siempre se hacen entradas para la predicacion del Santo Evangelio y conversion de aquella gente bárbara, como de los precedentes capítulos se colige. Fuéle concedida esta licencia, por ser muy conocido y probado su buen espíritu; y llegado á Zacatecas, anduvo peregrinando algunos dias por entre aquellos bárbaros, siendo de todos ellos recibido como ángel de paz, viendo su santa simplicidad, ejemplo de vida y celo que mostraba de todo su bien. Y él, con deseo de sacar copioso fruto para Cristo de entre aquellas espinas y abrojos de infidelidad, pareciéndole que era muy poco lo que él por su sola persona podia hacer (en especial no siendo sacerdote), volvió en veces á esta provincia á pedir á los prelados enviasen obreros á aquella viña del

Señor tan inculta. Mas como por acá no sobraban los frailes para lo mucho que habia que hacer y proveer, volvíase siempre solo el buen Fr. Augustin, hasta que últimamente, teniendo su asiento y morada en un valle que llaman de San Bartolomé, ciertos indios (viendo el gran deseo que mostraba de descubrir nuevas gentes para convertirlas á Dios), le dieron relacion de unas grandes poblaciones que habia lejos de allí, que por ser de tanta gente, despues las llamaron el Nuevo México. Y para certificarse si esto era verdad, metióse la tierra adentro por la parte que le señalaron hácia el norte, y halló buenas poblaciones y tuvo noticia de otras mayores: de suerte que enterado de la verdad que los indios le habian dicho, dió la vuelta para México y pidió religiosos para la conversion de aquellas nuevas gentes. El prelado le dió dos sacerdotes por entonces, que se ofrecieron para aquella jornada, hasta recibir aviso de lo que mas conviniese. Llamábase el uno (que fué por superior de los compañeros), Fr. Francisco López, venido de la provincia del Andalucía, y el otro Fr. Juan de Santa María, de nacion catalan, ambos mancebos virtuosos y teólogos, que actualmente salian del estudio. Acompañáronlos en este viaje (que fué año de mil y quinientos y ochenta y uno), diez ó doce soldados que se les juntaron de su mera voluntad, aunque con diferente espíritu del que estos religiosos llevaban. Porque habiendo andado doscientas y cincuenta leguas dende México, y viendo que se metian muy lejos del socorro (si lo oviesen menester), y entre mucha gente (siendo ellos tan pocos), acordaron de dar la vuelta para tierra de cristianos, como lo hicieron. Los frailes prosiguieron su viaje, viendo que los naturales de aquellas tierras, por todas ellas los recibian amorosamente; y pasaron otras ciento y cincuenta leguas mas adelante hasta el Nuevo México, que ellos fueron los que le pusieron este nombre. Vista la copiosa mies que el Señor les ponía en las manos, y que en los indios infieles no hallaban dificultad para resistir á la predicacion evangélica, como se veian solos trataban del modo que tendrian para dar noticia á sus prelados de la gran necesidad que habia de enviar mas obreros. A esto se ofreció Fr. Juan de Santa María, mozo dispuesto para todo trabajo, y aparejado en la voluntad para padecer cualquier cosa por amor de Cristo. Era Fr. Juan naturalmente inclinado y aficionado á saber cosas de astrología, á cuya causa, comunmente de todos era llamado el Astrólogo. Fundado en este conocimiento que tenia de las estrellas, tomó otro camino para volver, diverso del que habian

1581.

Fr. Juan de Santa María.

llevado, para ver lo que por allí hallaria de nuevo. Apenas habia andado tres jornadas, cuando lo mataron los indios infieles con un género de muerte cruel. Y fué, que acostándose á dormir de cansado junto al camino, le echaron una muy grande galga encima de la cabeza, que le quitó la vida sin poder respirar. Tomó Fr. Juan el hábito de religion en esta provincia del Santo Evangelio, y siempre dió muestras de mucha virtud con su recogimiento, religion y humildad, por donde se cree que de continuo andaba aparejado en el alma para lo que Dios ordenase de su vida, mayormente andando en la obra que traia entre manos de la conversion de las gentes. Quedaron ocupados en ella Fr. Francisco López y Fr. Augustin Rodriguez en el pueblo donde tomaron su asiento, procurando de saber la lengua de los indios para les predicar con mas claridad la ley de Dios, que por señas y rodeos les enseñaban. Entendiendo ellos en esta buena obra, sucedió que vinieron un dia á aquel pueblo donde estaban, ciertos indios de la comarca enemigos de los de su hospedaje, con mano armada para los matar (por ventura porque habian acogido á los religiosos en su compañía y los sustentaban.) Salió Fr. Francisco á reprenderles de lo mal que hacian, y persuadirles que se dejasen de discordias y rencores, y tuviesen paz con sus vecinos, pues todos eran unos. Los bárbaros volvieron contra él su ira, y sin aguardar mas razones lo flecharon y dieron con él muerto en tierra. Fué de grandísima lástima la muerte de estos religiosos en su florida juventud, y con tan poco fructo de lo que pretendian hacer, siendo suficientes para cualquier empresa de batalla espiritual que se les ofreciera contra el príncipe de las tinieblas. Era Fr. Francisco López natural de la populosa ciudad de Sevilla, hijo de honestos padres y criado en buenas costumbres, y así desde su niñez se dió siempre á la virtud. Tomó el hábito de religion en el convento de Jerez de la Frontera, á los diez y siete años de su edad. Para ser mozo, era notable su modestia y mortificación en la vista, y el silencio que guardaba, con ser afable y alegre de rostro, por lo cual era de todos amado. El viejo bendito y siervo de Dios Fr. Augustin quedó solo entre aquellos infieles, con cinco indios cristianos mexicanos que habian llevado consigo para que les ayudasen en la conversion y doctrina de los idólatras. Y como era solo y no podia sufrir los pecados y abominaciones que públicamente se hacian, reprendíalos á veces con blandura; y á veces, con la libertad cristiana que tenia, sin temor de la muerte que habian dado á sus compañeros, añadía aspereza, amenazándolos con

Fr. Francisco López.

el castigo de Dios y penas eternas del infierno. Ellos no lo queriendo sufrir, acabáronlo dentro de pocos dias, y despues á los indios cristianos, porque no quedasen por testigos de sus maleficios. Á lo menos no quedaron ellos sin castigo, porque en busca de los frailes y en demanda de aquellas tierras fué luego un Antonio Espejo (como se dijo en el capítulo oncenno del cuarto libro) que los dejaria bien hostigados. Y los españoles que agora van de propósito para poblar en aquellas partes, les darán en que entender y harto que merecer á ellos y á sus descendientes mientras duraren, si tuvieren paciencia para llevarlo por amor de Dios.

CAPÍTULO X.

De otros religiosos que han sido muertos por los chichimecos, en odio de la fe cristiana que predicaban.

EL año siguiente de mil y quinientos y ochenta y dos mataron los indios chichimecos infieles á otro sacerdote llamado Fr. Luis de Villalobos, flechándolo en un camino cursado de cristianos, entre Zacatecas (de donde él salió con obediencia de su prelado) y la ciudad de Guadalajara para donde iba con negocios de la orden; no por otra ocasion mas de por el aborrecimiento y enemistad que tienen á los cristianos. Era este religioso de la misma custodia de Zacatecas, que es anexa á esta provincia del Santo Evangelio.

Fr. Andrés de Ayala, religioso muy observante y siervo de Dios, en el año de mil y quinientos y ochenta y cinco era guardian del monesterio de Guaynamota, pueblo de chichimecos en lo interior de Jalisco, en el cual habia once años que estaban religiosos de asiento; y en compañía del guardian moraba otro religioso sacerdote llamado Fr. Francisco Gil. Sucedió que ciertos españoles, habiendo descubierto unas minas en los términos de aquel pueblo, pretendieron poblar allí contra la voluntad de los indios que no lo consentian. Los españoles acudieron á la real audiencia de Guadalajara con carta de favor que les dió el guardian, pareciéndole que los religiosos de aquel monesterio tendrian mas seguridad con la asistencia de los españoles, por ser los indios de aquella tierra chichimecos bárbaros, aunque ya los mas de ellos cristianos, pero no tan asentados que se hiciese entera confianza de ellos. Volvieron los españoles con mandato de la real audiencia, y entraron á hacer asiento en el pueblo, no obstante la contradiccion de los indios, que recibieron de ello mucho pesar. Y sabido que los religiosos

Fr. Luis de Villalobos.

Fr. Andrés de Ayala.
1581.

Fr. Francisco Gil.

para esto les habian dado favor, concibieron grande odio contra ellos, y comenzaron á fabricar cómo los matarian. No se supo que tuviesen otra ocasion sino esta (á lo que se sospechó), aunque para ellos poca era menester, estando mezclados con infieles, enemigos capitales de cristianos y de la misma ley y vida cristiana. Determinados, pues, de ponerlo por obra, no faltó uno que les avisó cómo en el pueblo se trataba de los matar. Mas ellos no lo creyeron, confiados del amor que los indios siempre les habian mostrado y de la razon que para ello habia, pues trabajaban en su provecho con la fidelidad posible. Y en particular á Fr. Francisco Gil tenian mucho amor todos ellos, por haberse criado y aun nacido entre ellos, y era lengua suya natural y lo llamaban hijo. Pero con la mucha rabia que tenian concebida lo olvidaron todo. Finalmente, un dia de fiesta en la tarde vino toda la canalla junta y de repente á dar sobre el convento; y visto esto por los religiosos, se encerraron dentro, y el guardian tuvo por mas seguro lugar la sacristía. Mas los malvados parricidas bestialmente encruelecidos, cuanto á lo primero, pegaron luego fuego al monesterio, y juntamente entraron dentro y sacaron de la sacristía al guardian, que luego se les ofreció como un cordero, y cortáronle la cabeza. Á este tiempo el compañero, viendo que se quemaba la casa, salióse á la huerta; y aunque al principio se quiso defender, despues le pareció que era aquello excusado, y con mucho sosiego aguardó la muerte (que ya vió se le acercaba), la cual le dieron con unas macanas, y tambien le cortaron la cabeza. Y ambas las cocieron y limpiaron de la carne, y las traian consigo en señal de victoria, segun todos los chichimecos lo tienen de costumbre. La una de estas cabezas vino despues á manos de los españoles que fueron á hacer el castigo de las maldades de estos indios bárbaros y apóstatas: porque no contentos con haber muerto á estos dos religiosos, intentaron de levantarse con la tierra, y fueron sobre una estancia que estaba seis ó siete leguas de allí, y le pusieron fuego y quemaron algunos españoles que en ella estaban, por lo cual fué sobre ellos el capitan Zayas por mandado de la real audiencia de Guadalajara, y por maña y cautela (que de otra manera no los pudieran haber) los juntaron á todos, culpados y inocentes, dentro en la iglesia, y presos todos, á once ó doce que pareció haber sido los matadores, los ahorcaron en la ciudad de Guadalajara, y los demas todos, grandes y chicos, los dieron por esclavos, aunque la esclavonía les duró poco, porque todos se huyeron en breve. La ocasion de la muerte de los religiosos es

Proverb. 18.

la que se ha contado, segun los españoles dicen. Mas yo digo que la principal fué el querer ellos tornar á su idoiatría por instigacion del demonio, y retroceder y apostatar de la fe, por ventura por persuasion de los otros infieles sus vecinos, y tomaron por ocasion tan solo el escribir la carta el guardian; porque (como dice el Espíritu Santo) ocasiones busca el que quiere apartarse del amigo. Un principal de aquel pueblo llamado D. Miguel, ha sido siempre fiel, y despues acá ha pedido muchas veces vuelvan á poner allí religiosos; mas no lo ha querido hacer la provincia, en detestacion de tan gran maleficio como allí se hizo, y para escarmiento de los otros pueblos de aquella frontera. Despues que esto se escribió, ahora en el año de noventa y seis, por la mucha importunidad de aquellos bárbaros y grande arrepentimiento que han mostrado, les han dado religiosos.

Fr. Andrés de la Puebla, sacerdote y confesor antiguo de la provincia de Castilla, vino á esta del Santo Evangelio movido del celo que otros muchos siervos de Dios trajeron de la salvacion de las almas, donde trabajó fielmente muchos años viviendo ejemplar y loablemente, y siendo amado de todos por su religiosa conversacion. Fué bien probado en la virtud de la paciencia, en cierta persecucion de un prelado que le affigió inhumanamente, solo porque escribia al general de la órden los excesos que de muchos eran notados, con celo de que hubiese enmienda y reformation. Fué este un preparativo para lo que despues habia de padecer, ofreciendo la vida por amor de Jesucristo, y por la salud de las almas redemidas con su preciosa sangre. Porque inflamado con fervor de espíritu en este celo y deseo, pasó en su última vejez á la custodia de Zacatecas, con intento de no parar hasta el Nuevo México (que entonces se trataba de su descubrimiento), á convertir á aquellos bárbaros infieles. Y como no se aparejase aún en aquella sazón el viaje para allá, siendo actualmente guardian en la villa que llaman Sombrerete, pidió licencia al custodio para ir á predicar el Evangelio á otros bárbaros que deseaban recibir la fe en cierta parte que llaman Etiopia. Alcanzada la licencia, siguiendo su camino para allá lo mataron los chichimecos infieles, azotándolo crudamente colgado de un árbol, y despues de asaeteado le desollaron la cabeza, como lo tienen de costumbre. Despidiéndose este siervo de Dios en la ciudad de Zacatecas de una su hija espiritual, profetizó su muerte, diciéndole que en aquel viaje lo habian de matar los chichimecos. Murió de la manera dicha, año de mil y quinientos y ochenta y seis.

Fr. Andrés de la Puebla.

1586.

En un pueblo que llaman las Charcas, tierra de Zacatecas, resi-

Fr. Juan del Rio.

Job. I.

dia por ministro de la doctrina un religioso siervo de Dios, llamado Fr. Juan del Rio, y estando ocupado en el ejercicio de la conversion de los naturales de aquella tierra (que eran nuevos en la fe), sucedió un día que faltando los españoles vecinos del pueblo, y no habiendo quedado mas que dos soldados por guarda, sabido esto por los enemigos chichimecos, llegaron un escuadron de ellos al pueblo, y robando los carneros que los cristianos tenían de comun para su sustento, se iban con ellos (como los sabeos y caldeos que saltaron el ganado de Job.) Los dos soldados salieron tras ellos cada uno por su parte, y el religioso, pareciéndole que los chichimecos matarian á aquellos dos hombres por ser tan pocos, y que si él fuese le tendrían respeto, tomó de presto un caballo y fué en su seguimiento, y para cuando llegó halló que acababan de matar al soldado que primero llegara, y el otro asomaba por otra parte; mas los enemigos no curaron de ir contra él sino contra el fraile, y disparando sus flechas y hincadas muchas de ellas por sobre todo su cuerpo, vieron que no hacian en él mella pues no caía del caballo, antes con mucho esfuerzo les hablaba y rogaba que se apaciguasen y le oyesen; y era la causa porque el religioso, como muy penitente, en lugar de silicio traía á raíz de las carnes una cota de malla; y visto por los infieles que en el cuerpo no prendian las flechas, tiráronle á la cabeza, y atravesado con tres ó cuatro de ellas cayó muerto, y con esto el otro soldado que era portugués, llamado Mõreyra, tuvo lugar de escaparse. Era este Fr. Juan del Rio hermano de Rodrigo del Rio, á quien por sus muchos méritos (siendo un pobre soldado, aunque bien hidalgo), el rey D. Felipe nuestro señor envió un hábito de Santiago y lo hizo caballero y gobernador de aquella frontera que llaman la Nueva Vizcaya. De todos estos religiosos aquí referidos y otros que yo ignoro, muertos á manos de los chichimecos, á solo Dios se deje el juicio de cuáles alcanzaron la palma y corona del martirio. Mas ya que otros no la alcanzasen, á lo menos sábese de ellos que eran ministros de Dios, de vida loable y ejemplar, y murieron andando ocupados en la predicacion y doctrina del Evangelio de Cristo, con ferviente celo de la conversion de las ánimas erradas al conocimiento y servicio de su Criador, por donde piadosamente se debe creer que recibieron sin alguna duda el premio de sus fieles trabajos, y que gozan de Dios en la bienaventuranza del cielo. Esta por su misericordia nos conceda ese mismo Altísimo Señor, que en Trinidad perfecta vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amen.

TABLA

DE LAS COSAS NOTABLES

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

A

- Acacingo, pueblo, 335, 465.
 Acacitli, capitan de los mexicanos, 148.
 Acamapichtli, rey de México, 148.
 Acaponeta, bautizanse allí mas de doscientos cincuenta chichimecos, 732.
 Acapulco, 174, 717.
 Acatlan, poblado por los mixtecas, 146.
 Acevedo (Fr. Pablo de), discípulo del autor, 759. Muere á manos de los infieles, 760. Fué en compañía de Fr. Juan Herrera, 761.
 Acosta (P. José de), citado, 539.
 Aculhuacan, tierra de los aculhuaques, 147.
 Aculhuaques, son los de Tezcuco, 146.
 Aculma (Tierra de), 81, 82, 149.
 Aculmaitl, primer hombre segun los de Tezcuco, 82.
 Aculli, capitan de los de Tezcuco, 147.
 Acxotecatl, señor de Atlíhueza, 236.
 Atormenta y mata á su hijo Cristóbal, 238, 239. Y á la madre de este, 240. Su castigo, 241.
 Achcauhitli, sacerdote principal, 103.
 Achies, indios de Guatemala, sus tradiciones, 539.
 Adriano VI, su bula en favor de los frailes franciscos, 192.
 Adriano (Fr. Juan), agustino, insigne predicador, su venida, 368.
 Ágrede (Fr. Nicolás de), agustino, deja el priorato de Pamplona para pasar á la Nueva España, 367.
 Agua bendita, la usaban los indios, 109. Tienen en ella gran fe y devocion, 428.
 Águeda, (Santa), aldea, 463.
 Aguilar (Fr. Antonio de), agustino, su venida, 367.
 Aguilar (Gerónimo de), intérprete de Cortés, 175.
 Aguirre (Fr. Juan), agustino, su venida, 367.
 Agüeros de los indios, 107, 109.
 Ahuacatlan ó Aguacatlan, pueblo de Jalisco, 463.
 Ahuacatlan (Valle de), reduce Fr. Francisco Lorenzo á sus habitantes y funda pueblos y monasterios, 748, 749, 756.
 Ahuaxocotlan (Valle de), predica en él Fr. Francisco Lorenzo, 749, 750.
 Ahuizotzin, rey de México, 151.
 Alameda (Fr. Juan de), su vida, 654.
 Alburquerque (Fr. Bernardo), dominico, su venida, 364. Obispo de Oajaca, 547.
 Alcázar (Doctor), médico de México, lo que dijo con motivo de la muerte de Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, 618. No queria que le curase sino Fr. Lúcas de Almodóvar, 689.
 Alejandro VI, concede las Indias á los Reyes Católicos, 20.
 Almodóvar (Fr. Lúcas de), lego, por devocion cortó un dedo al cadáver de Fr. Francisco Jimenez, 626. Su vida, 689.
 Almonte (Fr. Diego de), llega á México, 248. Lo que contaba de la comida de los frailes, 253. Manda deshacer su hábito, 254. Lo que le sucedió con Fr. Martín de Valencia, 592. Su vida, 642.
 Alva (Fr. Juan de), agustino, su venida, 367.
 Alva (Fr. Diego de), uno de los fundadores de la provincia de Guatemala, 384.
 Alvarado (D. Pedro de), funda á Guatemala, 388. Su muerte, *ib.*
 Alvarado (Rio de), 248.
 Alzola (Fr. Domingo), dominico, obispo de Guadalajara, 547.